

Adeodato Simó

POR QUERER SABER

I

«Ahora que he sabido y mi curiosidad ha sido satisfecha puedo arrepentirme a conciencia de haber querido saber y satisfacer mi curiosidad en tantas ocasiones. No pocas veces pensé si ello no habría de recibir castigo algún día, y ese día ha llegado. Por haber querido saber tantas veces —tantas veces saber por placer— me encuentro así ahora: cada día es un milagro y cada noche retraso la hora del sueño temiendo que pueda ser el último.»

II

Subió al autobús una anciana de aspecto enfermizo y, como pude comprobar cuando se colocó a mi lado —ambos de pie, ambos constreñidos por otros cuerpos— no demasiado aficionada a la higiene o tal vez sólo sin posibilidades para practicarla. Mi trayecto no iba a ser demasiado largo, por lo que decidí no moverme de donde estaba y aguantar el mediano tufo con estoicismo (todos tenemos en alguna ocasión un arranque de mortificación para expiar —merced a alguna regla interiorizada durante la infancia— nuestras culpas o faltas; estos arranques, no obstante, suelen ser fruto del impulso y por tanto irracionales, motivo por el cual uno suele arrepentirse de haber accedido a ellos horas o días más tarde, o aun justo después de haberlo hecho —de éste me arrepiento ahora, cuando ya sus consecuencias son irreversibles—).

Al poco, la anciana comenzó a rebuscar en su enorme bolso negro y ajado y sacó de él un vaso de plástico primero y después una pequeña bolsa de plástico (de una farmacia, atisbé, la cruz verde inconfundible). De ésta extrajo tres cajas de pastillas que examinó detenidamente, como quien se enfrenta a algo desconocido o incluso peligroso; devolvió entonces dos de ellas a la bolsa, la cual fue a su vez regresada a las profundidades del bolso, y quedó con el vaso en una mano y la caja restante en la otra.

Mi atención en aquel momento era máxima, pues ansiaba saber si la anciana se medicaría allí mismo, en el autobús. La caja que ahora sostenía en la mano, o sea la caja candidata, era grande y blanca con las inscripciones en negro. La estuvo mirando largo rato por los cuatro costados, y en uno de sus vaivenes pude leer unas letras a bolígrafo azul sobre el cartón: *1 mañanas, 1 noches*. Era media tarde, luego no era el momento —el vaso habría de volver seco a la oscuridad—. Pensé que tal vez le tocara comenzar esa misma noche el tratamiento y querría familiarizarse ya con la medicina, es decir, acometer una aproximación que permitiera una posterior buena relación.

Tras esta decepción (uno siempre espera el espectáculo, lo insólito, lo que nunca ha visto y que tras suceder se convertirá en cotidiano o no singular), puse mi empeño en averiguar el nombre del medicamento, aunque sabía que nada habría de decirme. Deseé por un instante haber estudiado Medicina, pues era claro que mi licenciatura en Económicas no iba a serme de gran ayuda —la palabra sin significado para el intruso, para el que no domina el código que le es ajeno—.

Pero yo tenía que saber ese nombre aunque su trascendencia no me fuera revelada; tenía que saberlo por simple curiosidad y también para tener la posibilidad de consultar a un especialista si algún día se me presentara la ocasión (sería por ejemplo un socorrido tema de conversación con un recién presentado, médico o enfermero él). Para averiguarlo hube de exigir a mi cuello un esfuerzo por encima de sus posibilidades y por el que habría de verme castigado durante las tres noches siguientes, y pese a ello sólo pude descifrar algún fragmento del largo nombre: *noso* no sé qué y acabado en *il*, creo que pude leer.

Hice alguna tentativa más en lo que me quedaba de trayecto, pero todas

resultaron ineficaces. La mayor dificultad era la necesidad de disimular, esto es, intentar que mi actitud no fuera descubierta por nadie, sobre todo no por la anciana (nunca sabemos si alguien en la distancia nos estará observando e intentando descifrar nuestra conducta, que pasará a formar parte de su recuerdo; pero sí sabemos ante quién nuestra actitud no ha de parecer sospechosa). Todos estos intentos fueron, ya lo he dicho, inútiles, y hube de separarme de la anciana y abandonar el autobús con mi curiosidad insatisfecha. Ni siquiera pude saber cuándo fue la caja devuelta al bolso, si alguna vez lo fue.

III

«Ahora sé y mi curiosidad ha sido satisfecha pero a qué precio: hay junto a mí una caja de pastillas blanca y grande que en otras manos vi por vez primera; ya no tendré que atisbar por encima de esas manos, pues ahora puedo y he de contemplar ese nombre otrora ansiado —lleno de significado ahora— hasta el fin de mis días, hasta que ese su significado ya no tenga sentido para mí.»